

TIEMPOS DE TRANSICIÓN*

Jorge MENDOZA

Me siento muy honrado de estar en este recinto, sede de una de las instituciones más importantes en la vida democrática de nuestro país, es en la Cámara de Diputados donde se sintetiza el espíritu plural de nuestra sociedad, donde se expresan las diferencias que nos distinguen, pero que al mismo tiempo nos definen como una nación que debe mantenerse unida en nuestra diversidad.

Vivimos tiempos de transición, ajuste y reflexión. Tiempos de búsqueda de nuevos balances y contrapesos entre los poderes públicos en un México que ya requiere de nuevas formas de convivencia pacífica, de una nueva relación entre el poder y la sociedad, un México que confía en sus instituciones, que exige responsabilidad de los actores políticos, pero también de los ciudadanos para el cumplimiento de los fines del Estado: seguridad pública, mínimos de bienestar, posibilidades reales de progreso.

La transición hacia una nueva gobernabilidad debe darse con creatividad, con realismo, viendo hacia el mundo y hacia lo que queremos para el futuro de nuestro país, pero sobre todo con una interpretación clara y responsable del querer ser de los mexicanos. Los medios de comunicación hemos sido testigos y protagonistas del profundo proceso de transformación política del país; como industria sentimos gran orgullo de haber participado de manera directa, veraz, imparcial y objetiva en los esfuerzos democráticos de muchos años que hicieron posible un cambio pacífico y ordenado en el ejercicio del poder.

La posibilidad real de la alternancia ya está abierta y los mexicanos no queremos regresar al pasado. Estamos obligados a actuar con madurez y responsabilidad, pero sobre todo con compromiso frente a las futuras generaciones. Hoy estamos aquí para tratar de aportar alguna respuesta o

* Versión estenográfica.

alguna idea que ayude a la gobernabilidad y permita avanzar en la consolidación de la democracia.

En los días transcurridos desde el inicio de este evento, han pasado por este foro importantes personalidades, todos ellos dignos representantes de las diferentes formas de pensar de los mexicanos; se han dado consejos, se han planteado propuestas, se han hecho críticas, se han presentado recetas e incluso se han manifestado algunas veces con deshonestidad y otras con frustración y amargura viejos rencores personales.

En fin, que si el gran pacto nacional, que si la reforma fiscal, que si la energética, la laboral, la electoral, la de los medios, la reforma del Estado, los cambios de actitud, la revisión de la Constitución, la reelección, el referéndum, segunda vuelta, etcétera.

Estoy seguro de que todos, salvo claras excepciones, venimos de buena fe con el único interés de aportar, poco o mucho, algo que pueda ayudar a resolver lo que todos sabemos y en lo que todos coincidimos.

El avance democrático no ha terminado de cuajar y, en algunos casos estamos paralizados en decisiones que ya no aguantan más prórroga.

Venir a decir aquí qué reformas o qué acciones hay que hacer, me llevaría inevitablemente a ser repetitivo. Creo que los políticos, nuestros representantes tendrán que analizar, en su oportunidad, todas las propuestas planteadas y decidir con responsabilidad cuáles sí, cuáles no, cuándo y cómo.

Más bien quiero ganar su atención sobre algunas propuestas que ya están por ahí en varias comisiones de esta Cámara de Diputados en relación con la reforma política, particularmente en un proyecto de reforma electoral al que ya hizo mención Manuel Camacho Solís.

Me refiero específicamente a un proyecto de ley que, entre otras cosas, pretende legislar, por un lado, sobre la transparencia del origen de los recursos de campaña y la supervisión y fiscalización del uso de los mismos; por el otro, sobre la reducción de tiempos y gastos de campaña, particularmente en radio y televisión.

Debo dejar en claro que en esta ocasión no pretendo defender los intereses económicos de la Industria Nacional de Radio y Televisión que me honro en presidir. Basta decir que el gasto de los partidos políticos cada tres o cada seis años para campañas electorales representa aproximadamente sólo el 3% de las ventas anuales, en el caso de las empresas televisoras.

Es importante señalar que de los 12 millones de pesos que los mexicanos gastamos para hacer posibles las elecciones federales, cada tres años, solamente el 8% es destinado a medios de comunicación tanto electrónicos, como impresos. Pero además la gente desconoce que del gasto destinado por los partidos políticos a las campañas publicitarias de radio y televisión, el 70% se destina a agencia de asesoría y a producción de los materiales.

Después de esta aclaración quiero decirles que lo que pretendo es hacer una reflexión sobre un tema de mucha mayor trascendencia para el futuro y el progreso de todos los mexicanos que tiene que ver, primero, con la democracia, y después, como consecuencia, con la calidad del gobierno al que debemos aspirar los mexicanos.

Entrando al tema. Quiero decir que, por supuesto, en lo que se corresponde al origen y la fiscalización del uso de los recursos de los partidos políticos, se requiere de una gran rigidez en su regulación. Considero y espero que así sea que todos los partidos, todos los legisladores, estén de acuerdo y el pueblo de México lo aplaudiría.

Sin embargo, en lo relativo a la reducción de tiempos y gastos de campaña, me parece que antes de cualquier decisión al respecto se debería hacer un estudio serio y realista sobre la democracia mexicana, sobre los alcances del sufragio universal y tristemente sobre el bajo grado de cultura general, pero particularmente de cultura política de los mexicanos.

Basta decir que de los mexicanos en edad de votar, el 53% no ha tenido su instrucción primaria. Pero lo más lamentable es que según datos de la UNESCO, México ocupa uno de los últimos lugares a nivel mundial en hábito de lectura.

Es una realidad que los mexicanos leemos, en promedio, sólo un libro y medio al año, y también es cierto que el 93% de nosotros nos enteramos de lo que ocurre en nuestro país y en el mundo a través de la radio y la televisión.

Hasta hace algunos años en México la elección de los gobernantes se realizaba en forma meramente cualitativa. Bastaba con que una persona o cuando más un grupo de personas en un solo partido político decidiera que un mexicano, hombre o mujer, habilitado por la Constitución para gobernar o para legislar tuviera las características o cualidades, entre comillas, suficientes para que después de alguna simulación de campaña y

algunos eventos en la plaza pública estuvieran listos para ocupar el puesto, la curul o el escaño que les señalaran o que simplemente les tocaba.

Desde hacer algunos años la democracia en México ha ido avanzando de tal manera que los que ahora quieren gobernar o legislar, tienen que pasar por un filtro llamado elección de carácter universal. En donde el voto de la gente ahora sí cuenta, y se constituye como la única fuente de un gobierno representativo.

Pero qué pasa, pues que todos los votos cuentan igual, sin importar el grado de instrucción escolar o de cultura política que en otros países se adquiere a través de la lectura y que permite valorar lo que significa la trascendencia del sufragio.

No pretendería, porque sería insuficiente y de mi parte de una gran torpeza política, proponer regresar a los debates del Constituyente de 1917, en donde se pretendía restringir el voto sólo para los que supieran leer y escribir.

Desgraciadamente en estos tiempos tampoco podemos regresar a la democracia que se practicaba en los foros de la antigua Grecia, ni practicar la democracia de las plazas públicas de los pintorescos y pequeños cantones suizos.

En un país como el nuestro, con más de 100 millones de habitantes, las plazas o los foros han sido sustituidos por la radio y la televisión. Que si bien no en todos los casos garantizan el voto razonado, sí constituyen hasta hoy la única forma que conozco de ayudar en la formación de cierto tipo de criterios o de conocimientos que permitan, en libertad, optar por el candidato de la preferencia.

Son la radio y la televisión los que entran en tiempos electorales a millones de hogares para llevarnos mensajes de los aspirantes a puestos de elección popular; a través de la radio y la televisión el electorado puede conocer la propuestas de cambio, las ofertas políticas, las promesas de campaña, las personalidades y hasta las mentiras de los que quieren ser elegidos.

El querer reducir los tiempos y gastos de radio y televisión nos llevaría, así lo veo, a un atentado contra los avances democráticos que con tanto esfuerzo hemos logrado los mexicanos.

Me explico: en la radio y la televisión existen dos elementos fundamentales que aseguran que los radioescuchas y los televidentes capten bien los mensajes transmitidos, estos dos elementos son: el alcance, que se traduce en el tiempo que debe durar una campaña para promocionar

cualquier producto, y la frecuencia, que es el número de impactos de *spots* necesarios para que llegue dicho mensaje, alcance es el tiempo que dura una campaña y frecuencia es la inversión en relación al número de *spots* necesarios.

Esto es científico, si no se cumple con un mínimo de tiempo, impactos en las campañas de radio y televisión se corre el riesgo de no llegar a racionalizar en este caso de los electores.

Si bien la emoción y el sentimiento en la política cuentan, no podemos dejar de aspirar a una democracia con un voto razonado que nos lleve a elegir a los mejores candidatos para que eventualmente nos gobiernen.

Como se ve, hoy no vine para proponer qué reformas se deben de hacer para lograr una mejor gobernabilidad o consolidar la democracia, mi aportación se limita en este caso a advertir sobre lo que para mí representa un gran riesgo, que no sólo nos detendría en nuestro afán de progreso, peor aún, nos llevaría a un vicio democrático que inevitablemente se traduciría en elecciones de gobernantes y legisladores posiblemente populares por otras causas, pero muchas veces de mentiras, sin sustento ideológico, sin capacidad técnica o sin oficio político o para gobernar, pero eso sí, con el apoyo del voto popular legítimo, pero inspirado en la ignorancia.